

Y pues te devuelvo exactos
Tus esdrújulos malditos,
Ya ves, me cuesta tres pitos
El cumplir con nuestros pactos.

Mas si en encomiar los gordos
Tú te me cierras fanático,
Pese á mi interés apático
Nos habrán de oír los sordos.

Porque, Ayguais, ni aquí ni en Flandes
Ha habido un gordo grande hombre,
Que á los gordos, no te asombre,
Les llama el vulgo hombres grandes.

Tal es el siglo en que estamos,
Siglo montado al vapor :
Cuanto mas peso, peor ;
Con que los flacos ganamos.

Y da gracias á que hoy
No me siento para el paso,
Que sino os diera un repaso
Que hiciera ¡por san Eloy!

Vuestra derrota patente ;
Mas porque no echas á broma
Lo que voy diciendo, toma,
Con lo que sigue entretente.

Sois un puro inconveniente
Vosotros los mofetudos,
Y haceros en la piel nudos
Fuera á mi ver muy prudente.

Prescindamos del apodo
Preciso de un barrigon,
Aquello de san Anton,
Pero con el cerdo y todo :

Prescindamos de que Utrilla
No sabe cómo ajustaros
Un chaleco sin ahogaros,
O un pantalon con trabilla ;

De que él se desacredita,
Y con fatal desengaño
Ve que no le queda paño
De vuestro frac ó levita ;

Prescindamos de los caros
Que sois y poco económicos,
Vamos á los lances cómicos
En que teneis que encontraros.

Pues, señor, que eres feliz,
Y que tu cara hermosura
Te recibe en noche oscura,
Y os veis nariz con nariz :

Dónde os esconde una trampa
Del tutor atrabiliario ?
En baul, balcon ó almarío

Ni á pechugones se os zampa.
No hay asilo que se os dé,
No hay hueco en que esteis holgados ;
Si os cierran moris ahogados.

Y si no os cierran se os ve.
¿ Y si vais de formacion ?
El fusil y fornituras
Os presnan las asaduras,
Y sudais el corazón.

¿ Si vais á un duelo ? ¡ qué azar !
Aunque el contrario sea manco,
Como opondis tanto blanco
Por fuerza os ha de tocar.

Pues digo, ¿ si es á pistola
Y os toca el tiro segundo ?
¡ Bah ! despedíos del mundo,
Y que carguen su arma sola.

¿ De qué os valdrá la fatiga
Que empleeis en perfilaros ?
La bala al fin ha de entraros
Por mitad de la barriga.

¿ Pues si viajais en carruage ?
Basta solamente veros
Para que los compañeros
Pronostiquen un mal viaje.

Cualquier asiento es escaso
A vuestras asentaderas,
Y los puentes y escaleras
Rechinan á vuestro paso.

Si os caeis, ¿ quién os levanta ?
Pues casados y dormidos
Os supongo ; ¡ qué ronquidos !
La pobre muger se espanta.

Y si coge al fin el sueño
Sueña con un terremoto,
Y es que mugen como un choto
Las narices de su dueño.

Pues ¿ si haceis el alma tierna ?
¡ Qué cariños tan brutales !
¡ Como que son diez quintales
Cada brazo ó cada pierna !

Y paro aquí por lo grave
Del asunto, que sinó
Hasta dónde fuera yo
Díis solamente lo sabe.

Por cuyas dos mil razones
Os llevamos gran ventaja,
Los hombres como una paja
A los hombres barrigones.

CANTOS DEL TROVADOR.

INTRODUCCION.

¿ Qué se hicieron las auras deliciosas
Que henchidas de perfume se perdian
Entre los lirios y las frescas rosas
Que el huerto ameno en derredor ceñian ?
Las brisas del otoño revoltosas
En rápido tropel las impelian,
Y ahogaron la estacion de los amores
Entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
En torno de la antigua chimenea,
Y acaso la ancha sombra recordamos
De aquel tizon que á nuestros piés humea.
Y hora tras hora tristes esperamos
Que pase la estacion adusta y fea,
En pereza febril adormecidos,
Y en las propias memorias embebidos.

En vano á los placeres avarientos
Nos lanzamos dó quier, y órgias sonoras
Estremecen los ricos aposentos
Y fantásticas danzas tentadoras ;
Porque antes y despues caminan lentos
Los turbios dias y las lentas horas
Sin que alguna ilusion de breve instante
Del alma el sueño fugitiva encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,
Sueños de oro y de luz mi dulce vida
No os dejaré dormir en los salones
Donde al placer la soledad convida :
Ni esperar revolviendo los tizones
El yerto amigo ó la falaz querida
Sin que mas esperanza os alimente
Que ir contando las horas tristemente.

Los que vivís de alcázares señores,
Venid, yo halagaré vuestra pereza ;
Niñas hermosas que morís de amores,
Venid, yo encantaré vuestra belleza ;

Viejos, que idolatrais vuestros mayores,
Venid, yo os contaré vuestra grandeza ;
Venid á oír en dulces armonías
Las sabrosas historias de otros dias.

Yo soy el Trovador que vaga errante :
Si son de vuestro parque estos linderos
No me dejéis pasar, mandad que cante ;
Que yo sé de los bravos caballeros
La dama ingrata, y la cautiva amante,
La cita oculta y los combates fieros
Con que á cabo llevaron sus empresas
Por hermosas esclavas y princesas.

Venid á mi, yo canto los amores,
Yo soy el Trovador de los festines ;
Yo ciño el arpa con vistosas flores
Guirnalda que recojo en mil jardines :
Yo tengo el tulipan de cien colores
Que adoran de Stambul en los confines,
Y el lirio azul incógnito y campestre
Que nace y muere en el peñon silvestre.

¡ Ven á mis manos, ven, arpa sonora !
¡ Baja á mi mente, inspiracion cristiana,
Y enciende en mí la llama creadora,
Que del aliento del Querub emana !
¡ Lejos de mí la historia tentadora
De ajena tierra y religion profana !
Mi voz, mi corazón, mi fantasia
La gloria cantan de la patria mia.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
Del pueblo en que he nacido la creencia :
Respetaré su ley y sus altares :
En su desgracia á par que en su opulencia
Celebraré su fuerza, ó sus azares,
Y fiel ministro de la gaya ciencia,
Levantaré mi voz consoladora
Sobre las ruinas en que España llora.

¡ Tierra de amor ! ¡ tesoro de memorias,
Grande, opulenta y vencedora un dia,

Sembrada de recuerdos y de historias,
Y hollada asaz por la fortuna impia!...
Yo cantaré tus olvidadas glorias :
Que en alas de la ardiente poesía
No aspiro á mas laurel ni á mas hazaña,
Que á una sonrisa de mi dulce España.

LEYENDA PRIMERA.

LA PRINCESA DOÑA LUZ.

I.

LA VENTANA DE LA TORRE.

Fria y lóbrega es la noche
A mas de húmeda y medrosa,
Que el pabellon de los cielos
Confusas nieblas embozan.
Se afana en vano la vista
Para registrar la sombra,
Porque la menor distancia
Los objetos encapota.
Desiertas están las calles,
Las puertas cerradas todas,
Las centinelas ocultas
Y bajo techo las rondas.
No hay una sola ventana
En donde aceche ó se esconda
Una doncella atrevida
Ni una madre recelosa.
Ni hay en reja ni en esquina
Galan que yerto se esponga
Las monótonas goteras
A contar una tras otra.
Que es asaz cruda la noche
Y el cierzo sutil que sopla
Deja las manos sin brios
Para asir de la tizona.
Solo en una torrecilla
Del alcázar donde moran
Los reyes, brilla una luz
Tras unos vidrios dudosa,
Tan débil y tan opaca
Que apenas no se coloran
Las ricas alegorías
Con que los vidrios se adornan.
Mas al exámen prolijo
De vista escudriñadora
Se alcanza que en este instante
Quien vive allí no reposa.
Pues aunque hay unas cortinas
Que las vidrieras entoldan,
Oscilan continuamente

Luces produciendo y sombras.
Y apelando á unos *zefillos*
O á una recta y buena *lógica*
Pudiera darse en que hay dentro
Desvelada una persona,
Que sin descanso pasea
La estancia, y dando á la atmósfera
Movimiento, el de los lienzos
Con cada paso ocasiona.
La verdad es que allí dentro
Está pasando á estas horas
Una escena que sin duda
Mucho saber nos importa;
Sino por lo que interese
A quien esto lea ú oiga,
Por nuestra naturaleza
Entremetida y curiosa.

En un sillón de dos brazos,
La faz y la vista torva,
Descolorido el semblante
Y entre ofendida y llorosa
(Aunque en nudos de respeto
Aprisionada la boca)
La princesa doña Luz.
Con su silencio razona.
Y su apostura modesta,
Y su calma magestuosa
Por su causa buena ó mala
Imperiosamente abogan.
El rey Egica su tío
Sin disimular su cólera,
Mide sin compás ante ella
A largos pasos la alfombra.
Y su barba mal peinada,
Sus cejas negras, cerdosas,
Sus labios trémulos, pálidos,
Y la aspiracion que sorda
Del aire que le circunda
Tan difícilmente toma,
Le semejan á una fiera
Cuanto enjaulada rabiosa.
Paróse en medio la estancia
Por fin, y en su encantadora
Sobrina puso los ojos
Dó la rabia se le asoma;
Y él altivo y ella humilde,
El feroz, ella medrosa
Bien compararseles puede
Al milano y la paloma.
Por último el rey la dijo,
Con voz destemplada y cóncava :
« ¿Con que ello es que lo desprecias,
Mozuela atrevida y loca?
¿Con que tienes en tan poco
Mi cariño y mi persona
Cuya dueña hacerte quise
Por hacerte venturosa? »
A cuyas palabras necias

Insolentes é injuriosas
Subió al rostro de la infanta
Todo el carmin de la honra.
« Mirad lo que hablais, repuso,
Que una sangre nos es propia,
Y aquí somos dos mugeres
Y no hay mas que una corona.
Para dama, no he nacido;
Si vuestra intencion es otra,
Ventura y razon os faltan
Y resolucion me sobra.
— Y amor en otro parece...
— Eso, tío, no os importa;
Basta que no os quiera á vos
Para lo que á entrambos toca.
— Pues probaremos entrambos
Nuestra fortuna, señora,
Y si hay galan de por medio
Cuidad bien que no os le coja,
Porque ya sabeis que hay leyes
Que queman á *las sin honra*,
Y que es sentencia que dada
Ni el mismo rey la revoca. »
Y esto hablando el rey Egica
En el manto se reboza
Y dando un fuerte portazo
Dejó á la princesa á solas.

Corrió á la puerta el cerrojo
Doña Luz, y en su congoja
Soltó las riendas al llanto
Que á sus párpados se agolpa.
Llenó el aire de suspiros,
Se mesó la faz hermosa,
Y la belleza maldijo
Que con pesares la agobia.
Destrenzóse los cabellos,
Arrojó al suelo la toca,
Pisó los ricos collares,
Y renegó de las joyas,
Y renegó de la sangre
Heredada, régia, y goda
Que á ocultar tenaz la obliga
Su inspiracion amorosa :
Y desesperada al cabo
Dirigióse hácia la alcoba
Sin dar aviso á sus damas
Que la descifran las ropas.
Las lágrimas á los ojos
Mas que nunca abrasadoras,
Mas triste que nunca estuvo
Llena de negras memorias,
Iba á soplar en la lámpara
Soledad ansiando y sombra,
Cuando á una puerta escusada
Sonó señal cautelosa.
« ¿Luz mia! dijeron, ¡Luz

De mi esperanza! ¿estás sola? »
E introduciendo una llave
Se abrió la puerta en dos hojas.
« ¡ Amor mio! exclamó el mozo.
— ¿Eres tú? dijo la hermosa,
Y se tendieron los brazos,
Y se besaron las bocas.
— ¿Tú has llorado, Luz?

— Y mucho.
— ¿Pues hay razon?
— ¡ Poderosa!
— ¡ Por Dios, alma de mi alma,
Que me digas quien te enoja!
— Está lejos de tu alcance.
— ¿Lejos? ¡ por Nuestra Señora
Que como espectro no sea
Ha de pesarle su obra!
Dime su nombre.
— Mi tío.
— ¡ Tu tío! ¡ Luz, estás loca!
— Mi tío, el rey.

— ¡ Por san Pablo!
Jamás pensara tal cosa.
¡ Él, que tanto te quería!
— Esa es mi desdicha toda
Que hoy de mi amor se consume
En la hoguera licenciosa.
— ¿ Eso mas?

— Vino á mi estancia
De noche, solo, á deshora,
Besó mis plantas de hinojos
Y con palabras fogosas
Me vino á decir las ansias
Que su corazon devoran.
— ¿ Y tú, Luz?

— Yo le he tirado
A la cara su corona :
Yo te amo y nunca tu imágen
Del corazon se me borra. »
Y á las caricias tornaron,
Y á las confianzas propias,
De quien idólatra encuentra
Stempre firme á quien adora.
« Mira, Luz (dijo el mancebo),
Nuestras visitas se acortan
Cada dia, y mas difíciles
Me van siendo y mas penosas.
Hay ojos que nos escuchan,
Y envidiosos que me rondan,
Y se aportilla tu honor,
Y mi dicha se malogra.
¿ Quieres otorgarme un bien?
— ¿ Un bien? tú mismo le toma.
¿ Qué puedo negarte yo?
¿Cuál es?
— Que seas mi esposa.
— ¿ Y el rey?
— ¿ Qué pueden los hombres

Contra la ley protectora
De el cielo que nos escucha
Y por nosotros aboga?
Ven, ante esta santa imagen
De la Concepcion te postra,
Y júrame que eres mia.
— Si que lo juro, y gustosa
Te doy mi vida y mi alma
Que lejos de tí me estorban.
— Y yo te juro, amor mio,
Ante esa Virgen piadosa
Ser tuyo aunque á nuestro amor
El universo se oponga. »
Y una y otra vez juraron
Asi de hinojos, y á solas
Adorarse hasta la muerte
Como esposo y como esposa.

Crecia en tanto la lluvia,
Y con furia asoladora
Cruzaba el viento bramando
Entre las almenas góticas.
Estrellábanse en los vidrios
Las arrebatadas gotas,
Y en el nocturno silencio
De aquella tiniebla lóbrega,
Duraba en la torrecilla
Donde la princesa mora
Aquella luz que brillaba
Tras de los vidrios dudosos.
Mas ya no es interrumpido
Su reflejo por la sombra
De las cortinas movidas
Al paso de una persona.
Todo permanece quieto,
Tranquilo está toda ahora
Y es claro que quien la habita
O vive ausente, ó reposa.
Y allá mas tarde calmada
La tormenta, y ya la aurora
Vecina al nublado oriente
Se apagó la misteriosa
Luz, y por postigo oculto
Con precaucion previsora
Bajó á la puente de Alcántara
Un bulto de humana forma.
Pasó la siguiente noche,
Y pasaron otra y otras,
Y siempre ardía la luz
Hasta el alba, en cuya hora
Bajaba á la puente misma
La misma figura lóbrega,
Embozada, solitaria,
Recatada y recelosa.
Y así se fueron pasando
Noches tras noches, y en todas
Al apagarse la luz
Aparecía la sombra.

Y allá á lo lejos se via
Por la ribera arenosa
Huir un hombre al escape
De un potro negro que monta.

II.

AVENTURAS Y DESVENTURAS.

Mas dió el rey en sospechar,
Y Doña Luz dió en fingir;
Ella empezó á no salir
Y el rey en la cuenta á dar.
Cerró la infanta su puerta
A sus damas y á su tio,
Achacando este desvío
A una enfermedad incierta.
Y pasó un mes y otro mes
Y seis, y segun parece
Doña Luz está en sus trece...
Mas el rey se está en sus tres.
Cada mañana subia
De la infanta al aposento,
Pero, siempre en el momento
En que Doña Luz dormia.

Ya por la noche fatal,
Ya porque el mal la acosaba,
Nunca para hablar estaba,
É iba adelante su mal.
Si el tio no satisfecho,
Llegaba hasta la cortina
De la alcoba, á su sobrina
Hallaba siempre en su lecho.

Los ajustados tapices
Indiscreto alzó una vez:
Y halló su pálida tez
Sin sus hermosos matices.
« ¡Luego está enferma verdad!
Dijo, y mordióse los labios,
Añadiendo, mas hay sabios
Que vean su enfermedad. »

Y llamando á sus doctores
Visitarla les mandó.
Mas ella les regalo
Con los desaires mayores.
Decia su camarera
Siempre: « *Duerme: está en el baño,* »
Y no llegara en un año
Dia en que los recibiera.
« *La noche ha sido muy mala,
Yace en un sueño apacible,
Despertarla es imposible...* »
Y ellos siempre en la antesala.
Y el rey con noticia tal
Zeloso de la princesa,
La dió iracundo por presa
En su misma estancia real.

Damas quitóla y donceles,
Y no escusando cautelas,
La señaló centinelas
Entre sus siervos mas fieles.
En emboscada los puso
A los piés de la escalera,
Muerte amagando á cualquiera
Que tapara algun abuso.
Nadie allí debía entrar
Ni salir noche ni dia,
Mas que Leonor que solia
A la infanta acompañar.
Mas ¡ay de quién cela necio
A dama que le aborrece!
Que mas el peligro crece
Cuanto á su engaño da precio.
Cuanto mas su empeño es
En dar tenaz con su objeto,
Mas de quien vela el secreto
Va creciendo el interés:
Y cuanto mas su tesoro
Guarda afanoso y avaro
Mas pronto, cuanto mas caro,
Se halla quien se venda al oro.
Andaba el zeloso rey
Sin que le bastaran ojos,
Guardas doblando y cerrojos
Y amagando con la ley,
Resuelto á no perdonar
A quien despreció su amor,
Aunque otra mancha mayor
Hubiera de resultar.
Y juraba en su coraje
Que á hallar falta en la doncella
Habia de hacer en ella
Grave escarmiento y ultraje.
Y á caerle entre las manos
El galán (si al fin le hubiera)
Moririan en la hoguera
Como patanes villanos.
Y así el tio en acechar
Y la sobrina en fingir,
Están los dos en seguir
Hasta perder ó ganar.
Ella está en guardar su encierro,
Él en doblar centinelas,
Ella en frustrar sus cautelas
Y él en preparar su entierro.
Y así van y vienen dias,
Y así amarrados al potro
Siguen la una y el otro
Con su mal y sus porfias.

Hasta que allá en una noche
Se oyeron sordas, confusas
Y sentidísimas quejas,
Que aunque escusarlas procura

Quien las exhala, no puede
Del todo ahogarlas sin duda,
Y se le arrancan del pecho
Con desolacion profunda.
Ya eran ayes agudísimos
De quien con dolores lucha,
Ya tristísimos gemidos
De una muger moribunda.
Los que oídos por los guardias
Que á Doña Luz aseguran
Interpretacion tomaron
De diversas conjeturas.
Dijeron unos que acaso
Por un gran crimen que oculta
La atormentan fieramente
Los incubos y las brujas.
Otros dijeron que el rey
Porque su aficion repulsa
Mandóla dar unas yerbas
Con que cayó en la locura.
Y algunos mas perspicaces
Que ambas cosas dificultan,
Que haya misterio sospechan
Y del misterio murmuran.
Asi pasó largo tiempo
De la media noche, á cuya
Hora cesaron de pronto
Aquellos ayes de angustia.
Y en las distintas creencias
De los crédulos que escuchan,
Los unos se condolieron
De la apenada hermosura,
Los otros de su accidente
Jugaron menos la furia,
Y algunos se santiguaron
Creyendo en la sombra oscura
Sentir huyendo de espiritus
Densa y espantada turba,
Ante el poder de un conjuro
O al resplandor de la luna.
Mas brevemente olvidadas
Sus aprensiones nocturnas
Cayeron presa del sueño
Que las memorias sepulta.

La noche es mansa y tranquila,
Y aunque la atmósfera enturbian
Algunas nubes errantes
Raras estrellas la alumbran.
Sopla revoltoso el cierzo
Y aunque tormentoso nunca
Segun por donde se arrastra
Silva, gime, brama, ó zumba.
Todo en Toledo reposa,
Y negra, apiñada y junta
Se ve la ciudad que á trechos
Ya se oscurece ó se alumbra,

Segun que los nubarrones
Por ante los astros cruzan.
Y allá por entre las peñas
Del valle opaco en la hondura
Se oye el ronco són del agua
Del Tajo que se derrumba,
Entre los rudos peñascos
Alzando hervorosa espuma.
Medrosos sitios son estos;
Medrosos por las figuras
Informes que representan
Y por tradiciones muchas.
Misteriosos son aquellos
Peñascos y quebraduras,
Cuyos contornos se entienden
En irregulares curvas,
Y en la fantasía toman
Forma y variedad difusa,
Y vida en el miedo encuentran,
Y en las creencias se abultan.

Deslizándose en silencio
Por su superficie rústica
Viene á estas horas bajando
Una sombra lenta y muda.
Aparición que, nacida
En alguna grieta inmundada,
Vaga de una en otra peña
Sobre el aura que la empuja.
Pálida ilusión diabólica
Inútil, perdida y única
Evocada en un conjuro
Pronunciado á la aventura.
Doliente imagen de alguno
Que, mal hallado en su tumba,
Viene á la orilla del agua
De sus recuerdos en busca.
Alma penada y maldita
Que, por ignoradas culpas
Desorientada en la noche,
El mundo á deshora cruza.

Pues ni se sienten sus pasos
Ni de su peligro cura,
Y ya resbala, ya salta,
Huye, aparece ó se ofusca.
Y ya pisa de las márgenes
La arena blanca y menuda,
Ya toca al agua, y parece
Que consigo misma lucha,
Y vuelve dó quiera el rostro
Con miedo, y se ve que oculta
Incomprensible designio
Cuya ejecución la angustia.
Al fin la luna amarilla
Rasgando las importunas
Nubes, de lleno en las rocas
Derramó su lumbrera pura:
Y en este momento rápida
Con mano firme y segura

Lanzó la sombra un objeto
Que rompiendo el agua turbia
Sumióse por un instante
En la corriente profunda.
Quedó la vision en punto
Sobre la ribera húmeda
Inmóvil y confundida
Entre la sombra y la bruma,
Contemplando de las aguas
La superficie, que arruga
El vienteillo que corre
Llevando encontrada ruta.
Hasta que en medio del río
Sobre el agua que le impulsa
Viendo el objeto, que espera
Que á la superficie suba,
Volvió á alejarse del río
Por entre las peñas rudas
Tomando una áspera senda
Que los brezos dificultan.
Así llegó á la muralla
Del real alcázar en cuya
Piedra hay abierto un postigo
Por resortes que le empujan,
Y al sumirse de la sombra
Por él la informe figura,
A merced de una linterna
Que tras el postigo alumbraba,
Se dejó ver claramente
Aquella vision nocturna,
Que aunque enlutada y medrosa
Era una muger en suma.

Cuanto mas se recataba
Doña Luz y resistía,
Mas el rey se enfurecía
De ver que no la lograba.

Llevaban ambos su empeño
Con tan resuelto tesón
Que ella seguía en prisión
Y el rey de la torre dueño.

Por mas que madrugador
Llegaba todos los días
A su puerta, en sus porfías
Nunca el rey iba mejor.

De verla no hallaba medio;
Por mas protestas que hacía,
Doña Luz de él no admitía
Ni visita ni remedio.

Decía su camarera
Siempre: « *Duerme. — Está en el baño.* »

Y no llegara en un año
Día en que le recibiera.

« *La noche ha sido tan mala!...*

La convulsión fué terrible...

Despertarla es imposible... »

Y el rey siempre en la antesala.

Hasta que ya enfurecido
Con desprecios tan tenaces
Juró de no hacer las paces
Ni darse nunca á partido.

Cesó pues en sus visitas,
Y cesando en su esperanza
Se dió á buscar su venganza
Por maneras inauditas.

Seguro que tal desden
Por otro se le causaba,
Ya solamente trataba
De asegurarse por quien.

Y hasta juró en su coraje
Que al fin con culpa ó sin ella
Iba á hacer en la doncella
Grave escarmiento y ultraje.

Y á no dar en conclusion
Con el galán que tenia,
En la hoguera moriría
La mitad de la nación.

Y ciego y sin atender
A que era su sangre real,
Citóla ante un tribunal
Como á una infame muger.

Y para injuria mayor,
Pública haciendo su audiencia,
Compró la torpe insolencia
De un villano acusador.

Llegó pues la hora fatal,
Mandaron á la princesa
Que bajara en faz de presa
A dar cuenta al tribunal.

Lloró, suplicó, rogó,
Resistió... mas todo en vano;
Delante el vulgo villano
A fuerza se presentó.

Y estaba la estancia llena
De vil y soez canalla
Que siempre deleites halla
En la pesadumbre ajena.

Se hizo notar con malicia
De aquel juicio lo imparcial,
Pues hasta la sangre real
Se entregaba á la justicia.

Corría voz de que el rey
No hallaba paz ni consuelo
En lance tal, mas su celo
Por la justicia y la ley

A su pesar le arrastraba
A no derogarla injusto,
Porque atendiendo á su gusto
La rectitud olvidaba.

Y el vulgo que tal oía,
Engañado torpemente,
La voz alzaba insolente
Y con descarro aplaudía.

Y oíanse carcajadas
Groseras, y dicharachos,

Y chanzas que entre borrachos
Aun fueran mal toleradas.

Que cuando pone sus ojos
La plebe en quien algo vale,
Porque con ella se iguale,
No escasea los sonrojos.

Y así, ni aun para consuelo
En tan injusto quebranto,
Para que oculte su velo
La permitieron un velo.

Descubierta estaba, sí,
Doña Luz y avergonzada,
¡ Vergüenza centuplicada
Por ser ella y ser allí!

Su noble hermosura espuesta
Con vilipendio brutal
Al ojo y lengua carnal
De la turba deshonestada...

¡ Ah! corramos mas atentos
Con su memoria nosotros
El velo que osaron otros
Negar á sus sufrimientos!

Corrámosle, que en verdad
Le necesita y bien doble
Para oír, siendo tan noble,
Cual la acusan sin piedad.

Llamado el acusador
Por los jueces, en voz alta
Demandó á Doña Luz, falta
De aliento, en este tenor:

« Yo, noble y page del rey,
« Invoco aquí por tres veces
« Del rey mismo, de sus jueces,
« Y de su pueblo, la ley.
« Y ante ella, á esta dama acuso
« Por muger torpe y liviana
« Pues su amor vendió villana...
« Cuyas pruebas no rehusó.
« Y así en su justicia grande
« El Dios sumo á quien apelo
« Veo lo cierto en el cielo
« Y sinó me lo demande. »

Calló aquí el mal caballero,
Y al ver que en la turba inmensa
No hay quien salga á la defensa
Lo dieron por verdadero.

A Doña Luz condenaron
A morir en una hoguera,
Si desmentir no pudiera
Lo que allí la demandaron.

Entonces la hermosa dama,
Mirándose sin amparo,
Pensó en vender lo mas caro
Las pruebas contra su fama.

É hincando en tierra las dos
Rodillas, con voz doliente
Esclamó: « ¡ Juro que miente
Y apelo al juicio de Dios! »

Reinó un silencio solemne
En la atenta muchedumbre,
Y el juez según la costumbre,
« Si estaba firme y perenne
« Y confiaba en su causa, »
La preguntó á la princesa,
Cuya voluntad espresa,
Siguióse otra breve pausa.

Tras cuya seria consulta
Fijóse un plazo de un mes
Atenidos á él despues
Todos sin otra resulta.
Admitió el acusador
El combate, si es que habia
Caballero que admitia
La lid del mantenedor,
Y tornaron otra vez
Cada cual con su esperanza,
El rey á su ruin venganza,
Doña Luz á su estrechez.

Y pues que nadie nos corre
Y un mes tenemos de espacio,
Dejémosle á él en palacio
Y á Doña Luz en su torre.

III.

EL CABALLERO.

Si por mi dichosa estrella,
Lector, te place mi historia,
Y hasta el fin quieres sabella,
Fuerza es que vengas tras ella
A pocas leguas de Coria.

Al cabo no es largo viage,
Ni habrá postas que pagar,
Ni que hacer grande equipage,
Y á mas te daré carruage,
Con que déjate llevar.

Pues te advierto ¡ oh ! complaciente
Lector (por si aun no lo sabe
Tu altitud), que á dar presente
Los poetas somos gente
Muy cortesana y muy grave.

Que en este siglo sin valla
Machucho y conciliador,
Cualquier criticon nos halla
Tan buenos como el mejor
Que hoy anda entre la canalla.

Por cuya razon me atrevo,
Seas, lector, quien te fueres,
A proponerte de nuevo,
Que me acompañes, si quieres,
Que á mal lugar no te llevo.

Pues teniendo que tomar
Noticias de un caballero

Noble y valiente á la par,
Creo justo irle primero
Nosotros á visitar.

Así, pues, por concedido :
Yo quedaré agradecido ;
Tú sabrás toda mi historia ;
Y yo alegre y tú servido,
Aquí paz y despues gloria.

Hay, si no me acuerdo mal,
Cerca ya de Portugal,
De lo mas noble de España
Villa antigua y principal
Que el Tajo revuelto baña.
Yace en su frondosa orilla,
Y al pié de un monte sentada,
La nobilísima villa,
Por las armas de Castilla
Defendida y almenada.

Y hoy, aunque en menos grandeza,
En mas honra y mejor fama
Sustenta bien su nobleza,
Y con altiva fiereza
Aun Alcántara se llama.

Y allá en los años remotos
Por dó mi leyenda marcha,
Diz que de sus anchos sotos,
Por las zanjas y los cotos
Cubiertos de fría escarcha,
Corria al salir la aurora,
Sobre un potro cordovés
Un noble, con quien mal hora
Dió una cierva corredora,
Pero cansada de piés.

Ibase el buen caballero
Sobre las crines tendido,
Recortándola un sendero,
Con un venablo de acero
A matarla apercebido ;
Y huía desalentada

La cierva delante de él,
Sintiendo desesperada
La carrera aventajada
Del poderoso corcel.

Olvidado ya el camino,
Sin ver si pierde ó si avanza,
Seguia huyendo sin tino,
Luchando sin esperanza
Contra su fiero destino,

Cuando á la fin de la vega
La triste sin poder mas
Al agua lanzóse ciega ;
Y el hombre, que á tiempo llega,
Lanzóse al agua detrás.

Hendia el raudal rugiente
La cierva con fuerza estraña,
Y hendia el potro valiente

La arrebatada corriente
Tras la medrosa alimaña.

Mas ya la infeliz, vencida
Del agua al impulso fiero,
Dejóse desfallecida,
Y al cabo rindió la vida
A manos del caballero.

Él, viendo en su potro brio,
Asió de ella y remolcóla,
Cuando por medio del rio
Vió que se avanzaba un lio
Arrastrado de ola en ola.

Un tronco acaso creyólo ;
Y sin volverlo á mirar,
A la corriente dejólo ;
Mas el hidalgo iba solo
Y oia cerca llorar.

Registra la faz inmensa
Del agua maravillado
Y qué está soñando piensa ;
Nada hay en su tabla estensa,
Y oye llorar á su lado.

Ya la ruin supersticion
Se le empezó á despertar,
Y empezó su corazon
A temer de la ocasion
Algun desdichado azar,

Cuando el descarriado objeto
Que sobre el agua venia,
Se atravesó y quedó quieto
Entre las bridas sujeto
Del potro que conducia.

Mil pensamientos perdidos
Le trajo el estraño encuentro,
Y mas cuando oyó gemidos
Cóncavos y comprimidos
En su misterioso centro.

No osaba mas que mirarle
Temeroso, y sin aliento
Para asirle ni dejarle,
Dejaba al potro arrastrarle
Sin resolucion ni intento.

Y así á la par remolcados
Y al azar encadenados,
Dieron al par en la yerba
Por el caballo ayudados
Lio, cazador y cierva.

Y aquí oyendo sin cesar
Los mismos tiernos gemidos
Resolvióse el hombre á dar
Con la causa singular
Por quien eran producidos.

Del cuchillo pues asíó,
Deshizó les ligaduras
Que por encima encontró,
Y cuanto eran reparó
Bien dispuestas y seguras.

I.

Halló en un lienzo embreado
Cuidadosamente atado,
Y por un lado vencido
Con peso al lienzo cosido,
Un cajoncillo cerrado.

Encima de la cubierta
Con primoroso artificio
Y con resortes abierta,
Dejaba al aire un resquicio
Una pequeña compuerta.

Mas puesta con tal primor,
Que á la compresion menor
Que en sus dos lados obraba
Cerrábase, y recobraba
Despues su forma anterior.

Mas absorto cada vez
De abrirlo con avidez
El caballero, seguia
Cortando con rapidez
Cuántas ligaduras via.

Dió en un resorte por fin,
Saltó la tapa, y un niño
Topó como un serafin,
Mostrando origen no ruin
Sus vestiduras y aliño.

Ricos encajes traia
Y ricas prendas sobre él,
Y en terciopelos yacia,
Aunque así espuesto venia
Sobre tan débil bajel.

Mas al verle lastimero
Gemir de frio y temblar,
Por el semblante severo
Dejó el noble caballero
Una lágrima rodar.

Y mientras en brazos le alzaba,
Y con afan le besaba,
Y con su aliento cansado
A su rostro delicado
Vida y calor procuraba,

En turba alegre y ligera
Bajaban por la ribera
Los cazadores veloces,
Con alaridos y voces
Acorralando una fiera.

Y escapando de sus hierros
El cerdoso jabalí,
Cruzaba setos y cerros,
Hombres, caballos y perros
Llevándose tras de sí.

Y con los dientes agudos,
Para escapar mas veloz
Los jarales mas talludos
Y los brezos de mas nudos
Rompió el monstruo feroz.

Y ya los roncós alanos
A sus espaldas sentia
Cada punto mas cercanos,

19

Y un montero en cuyas manos
Tarde ó temprano daría;
Cuando por su buena suerte
Los vió el hidalgo bajar;
Y el són de su trompa fuerte
Paró la turba, y la muerte
Dejó su presa escapar.

Lanzóse al agua jadeando
La fiera, y los ojeadores
Los perros atraillando
Al río fueron llegando
Detrás de los cazadores.

Entonces el caballero
Volvió á su gente y la dijo:
« Volverme á Alcántara quiero,
« Dejad que ese monstruo fiero
« Viva en nombre de mi hijo.
« Y conducidle con tiento,
« Que pues su buena fortuna
« Le trajo á mi amparamiento,
« Si tuvo mal nacimiento
« Tendrá al menos buena cuna.
« ¡Sus, y á caballo! señores. »

Y el caballero montando
Obedecieron callando
Monteros y cazadores.

—
Era entonces como ahora
Harto difícil de hallar
Un caballero, sin tacha,
Llamado en justicia tal;
Y andaba la corte goda
Tan corrompida en verdad,
Tan licenciosa y tan torpe,
Que no era el mejor lugar
Para hallarle, dado caso
De haber de él necesidad.
Lo que es á mi parecer
Prueba inconcusa y fatal
De que siempre fuimos unos,
Punto menos punto mas,
Y esto por mas que se encomien
Las mejoras de la edad.
Pues aunque hay del rey Egica
Quien se empeña en elogiar
La religion y grandeza
Y prendas de ánimo real,
Yo confieso llanamente
Que por mas que ando tenaz
A caza de sus virtudes
No doy con una jamás.

El trató en honras y vidas,
Y fué magnanimidad
Con casadas y doncellas
Andar siempre liberal.

Casóse con Egilona,
Matrona muy ejemplar,
Pero exigente sin duda
Y malhumorada asaz:
Porque al cabo malamente
La tuvo que repudiar
Por ser muy pariente suya:
Impedimento legal
Encontrado á los dos años
Despues de matrimoniar.

Mas de hombres son los descuidos,
Y en habiéndolo voluntad
De corregirlos en tiempo
Se deben disimular.

Asi que el bueno del rey
Dió en amar la soledad
Y en andar triste y mohino;
Lo que me inclina á pensar
Que dió en hacer penitencia,
Penado y contrito ya
De aquel matrimonio infando
Y escandaloso ademas.

Para este tan santo objeto,
Y para hacer olvidar
Murmuraciones del vulgo
Insolente y lenguaraz,
Tornóse ciego de amores
Por su sobrina carnal,
Que era la dama mas bella
Con que pudo el pobre dar.

Mas Doña Luz, espantada
De tamaña fealdad,
Dió en resistir sus antojos,
Y su vergüenza fué tal,
Y tal su arrepentimiento,
Que su profunda humildad
Encerróla en una torre
Suponiéndola un galan.

Mas dejemos noramala
Tan necio filosofar,
Que no nos toca á nosotros
Tarea tan principal.
Y vamos con nuestra historia,
Aunque por lo dicho atrás
Verás, lector, de este mundo
Lo que se puede esperar;
Y en corte tan corrompida
Cuanto es difícil verás
Que hallemos un caballero
Llamado en justicia tal.

Habíale sin embargo,
Pero harto de la ciudad
Y de la corte (aunque oriundo
De cuna y sangre real)
Vivia consigo mismo
En apartado lugar,
Con sus perros y sus potros
Sin boato mundanal.

De unas en otras los ojos
No cesaba de pasar
El caballero, abismado
En honda perplejidad,
Cuando, tendiendo una mano
Por movimiento casual,
La lleva al cajon y dentro
Con un pergamino da.

Dice lo escrito en un lado:
« Condúzcate Dios en paz,
« Pedazo de mis entrañas,
« Que no has merecido mal.
« Metido desde el nacer
« En aventuras estás.
« La infeliz que aquí te puso
« No fué por su voluntad,
« Llorando queda tu suerte...
« ¿Cuándo á verte volverá? »

Con cuyas tiernas palabras
Llenas de amor maternal
Se inclinó el buen caballero
Dos lágrimas á enjugar;
Y al volver el pergamino
Halló estas letras detrás:
« Quien tuviere la fortuna
« Tal tesoro de encontrar
« Guarde secreto y no tema
« Daño por ello jamás.
« Que es este niño olvidado
« Infante de origen tal
« Que puede á quien le sirviere
« Sobre gigantes alzar. »

Y aquí volviendo á la caja
El pergamino, leal
Don Godofredo, á lo escrito
Tornó el cajon á cerrar,
Diciendo: « Pobre inocente,
« Sin padre no quedarás,
« Y pues tan noble es tu sangre
« Nada de hoy te faltará.
« Niño que sales al mundo
« En los brazos de un azar,
« Encomendado á las aguas
« Sin saber á donde vas;
« Pues á los míos te traje
« La divina voluntad,
« De cristiano ni de noble
« Nada menos has de echar.
« Tu nacimiento la iglesia
« Como es justo cantará:
« Hermosas y caballeros
« Te saldrán á acompañar,
« Y ya que callan tu origen
« Por infortunios quizá,
« Tu primer sueño seguro
« Arrullarán á compás
« Las trompas y las campanas
« Con alientos de metal.

Y por ocupar en algo
Vida tan sin vanidad,
A las fieras de sus bosques
Combatía sin cesar.
No era ni mozo, ni viejo,
Mas de alma y cuerpo cabal,
Justo, afable, comedido,
Recto, severo y veraz.
Usaba lengua la barba
Y bien peinada, lo cual
Daba á su noble figura
Respetable dignidad.
Y pródigo con los pobres,
Con sus amigos leal,
Piadoso sin fingimiento,
Modelo en la sobriedad,
Afable en el corregir,
Cariñoso en el tratar,
El primero en el ejemplo
Y en virtud el principal,
Era el ídolo de Alcántara,
Dó el rey no se podía enviar
Ley que no se consultara
Con su recta voluntad.

Tal era el buen caballero
Que pocos momentos há
Tras una medrosa cierva
Al Tajo lanzóse audaz;
Y tal quien al tierno infante
Abandonado al azar,
Acogió en su propia casa
Con cariño paternal.
El es quien solo en su cuarto
Cerrado por dentro está,
Sentado frente á una mesa
Con pensativo ademan.
Y grave asunto le debe
A estas horas ocupar,
Porque há tiempo yace inmóvil
Tendido en el espaldar
De un ancho sillón de brazos,
La cabeza echada atrás,
Entrambas manos cruzadas
Y en silencio pertinaz.
Abierto tiene delante
Aquel cajon singular
Hábilmente preparado,
Que, mitad cuna y mitad
Barco, condujo en su centro
Al desdichado rapaz.
Y vense sobre la mesa
Derramadas á la par
Monedas y alhajas de oro
De valor muy especial,
Joyas y esquisitas prendas
Que atestiguándole están,
Que al infante las destina
Quien quisiera darle mas.

« Pues ya que madre te falte,
 « Mientras yo viva tendrás
 « Un brazo que te defienda
 « Y un labio que te dé paz. »
 Y saliendo Godofredo
 Sus criados á buscar,
 Mandó aprontar un banquete
 Con régia suntuosidad.
 Hizo invitar á los nobles,
 Y mandó en la parroquial
 Un espléndido bautizo
 Al momento preparar;
 Repartiendo entre los pobres
 Grandemente liberal
 Cuanto oro vino en la caja
 Para asistir al rapaz.
 Le hizo llamar Don Pelayo,
 Y celebró fiesta tal
 Que no la hubiera tan grande
 A ser su hijo en realidad.

Y hablábase todavía
 Entre la gente de Alcántara
 De esta grandeza estupenda
 Que en Godofredo encomiaban,
 Cuando, despues del bautizo
 Poco mas de una semana,
 El gozo del caballero
 Mató una noticia infausta.
 Estaban á el medio dia
 Reunidos en la plaza
 Los nobles y caballeros
 Que con Godofredo tratan,
 Dispuestos y apercebidos
 Entre una inmensa canalla
 De monteros y ojeadores
 Para una famosa caza.
 Dispúsola Godofredo
 Con su pompa acostumbrada,
 Y á ver los preparativos
 El pueblo se despoblaba.
 Al murmullo de la gente
 Y al estruendo de las armas
 Muchos caballos relinchan
 Y muchos lebreles ladran.
 Los que en la villa se quedan,
 Envidiando á los que marchan,
 De no ser de la partida
 Se querellan ó se alaban.
 Unos la poca destreza
 De los ojeadores tachan,
 Otros cuentan de los mismos
 Lances que en proezas rayan.
 Otros hallan de los perros
 Algo cortas las amarras,
 Y opinan que las traillas
 Han de llegar muy cansadas.

Quien habla de un perro negro
 Cual si de Alejandro hablara,
 Y dice que con él solo
 Para una partida basta.
 Quien apuesta en contra suya
 Por una pareja blanca,
 Y quien dice que no hay otra
 Mas valiente en la comarca.
 Entanto los caballeros
 De mas brios é importancia
 Con mucho calor disputan
 De correrías pasadas.
 Este acogotó seis ciervos
 Él solo en una mañana,
 Aquel mató un jabalí
 De doce arrobas y largas.
 Aquel usa unos venablos
 De tres puntas, que no faltan
 Jamás al tiro, y de un golpe
 Con la res mas recia acaban.
 Uno da la preferencia
 A una ponderosa lanza,
 El otro en vez de puñal
 Usa de tajante espada.
 Unos gustan á pié firme
 Ver la fiera y esperarla,
 Otros juzgan mas alegre
 Vencerla tras de cansada.
 Y en tanto que los dichosos
 Divierten con tales pláticas
 El tiempo que ya impacientes
 A Don Godofredo aguardan,
 Abiertos de par en par
 Miradores y ventanas
 Se gozan con la presencia
 De las mas hermosas damas.
 Y aqui se cruzan suspiros,
 Y allí se truecan palabras,
 Allí se quedan con miedo
 Y acullá con esperanza.
 Reconoce una su lazo
 Carmesi, y otra su banda,
 Uno recuerda un cintillo
 Y otro una cifra bordada.
 Y el toque del mediodia
 Empezaron las campanas
 Cuando entró Don Godofredo
 A caballo por la plaza.
 Rompió universal aplauso
 Por la gente, y ya se daban
 Besamanos á las bellas,
 Y se rompía la marcha,
 Cuando ágrío son de trompetas
 Oyeron á sus espaldas.
 Todos los piés se pararon.
 Volvieron todas las caras
 Y hubo un punto de silencio
 En la turba aglomerada.

Y aun duraba su estrañeza,
 Y su atencion aun duraba
 Cuando se entró plaza adentro
 Con un pregón un rey de armas.
 Paróse en medio la turba,
 Al rey aclamó en voz alta,
 Y quedaron las cabezas
 Descubiertas y humilladas.
 Y luego con voz solemne
 Habló con estas palabras:
 « La princesa Doña Luz,
 « De incontinencia acusada
 « Y condenada á la hoguera,
 « En nombre de Dios reclama,
 « Como permiten las leyes,
 « Un caballero que salga
 « Por su honor, si es que hay alguno
 « Que admitiere la demanda.
 « Un plazo de un mes y un dia
 « Dió el rey por última gracia,
 « Siendo el primero que corre
 « El que va de la semana. »
 Y las frases de costumbre
 Añadiendo, dió la espalda
 A la multitud absorta
 Y volvió á salir de Alcántara.
 Quedó en silencio la gente
 Que allá en su interior pesaba
 La grandeza de un delito
 Que á los principes alcanza:
 Y con los ojos en tierra
 Cada cual por sí evitaba
 Del valiente Godofredo
 Encontrar con las miradas.
 Hasta que al fin viendo este
 Que no hay una sola lanza
 Dispuesta á hacerse pedazos
 En honor de la acusada,
 Pidió en voz alta la suya.
 Pajes tomó y gente de armas
 Y dió la vuelta á Toledo
 Descolorida la cara.

Pero ningun caballero
 Salió tras él, que está clara
 La voluntad de su rey,
 Pues lo permite y lo manda.

IV.

EL PLAZO.

¡Ay triste de quien llora
 Y en soledad amarga
 Los perezosos dias
 Numera con afan,
 Y puede solamente
 De su existencia larga

Temer los venideros,
 Llorar los que se van!

¡Ay triste del que jóven
 Y alegre todavía
 Sus horas de ventura
 Recuerda con dolor,
 Y siente que aun adora
 Su ardiente fantasía
 La fugitiva sombra
 De su perdido amor!

¡Ay de la esposa triste
 Que del esposo lejos
 Con tierna voz llama
 Y él á su voz no va!
 ¡Ay sí, de quien no tiene
 Ni amigos ni consejos,
 Y el plazo de sus dias
 Determinado está!

¡Ay de la hermosa y noble
 Cuanto infeliz princesa,
 Que á los pintados vidrios
 Sentada sin cesar,
 Desesperada aguarda,
 De incertidumbres presa,
 La vuelta del que solo
 La puede consolar!

En vano sus miradas
 Por el camino tiende
 Por donde puede acaso
 Su rondador venir.
 Y en vano nuevas suyas
 Dar á su amor pretende
 Si no las pueden ambos
 Ni dar ni recibir.

¡Oh zéfiros ligeros
 Cuyo murmullo errante
 Espira entre las hojas
 Del árbol y la flor;
 Vosotros que el espacio
 Cruzais en un instante,
 Llevad al caballero
 Las cuitas de su amor!

¡Palomas de los valles,
 Que al pié de su ventana
 Con vuestro blanco esposo
 A reposar venís,
 Doleos de la hermosa
 Que morirá mañana
 Si al valeroso amante
 Su mal no le decis!

¡Espíritus sin cuerpo
 Que en medio las tinieblas
 Estremeceis el aura
 Con misteriosa voz;